

Naturaleza y Espiritualidad

Jesús García-Varela

Texto original de la ponencia pronunciada (en inglés) en el marco del taller internacional de la Iniciativa Delos, celebrado en el Monasterio de Santa María de Montserrat (España) en Noviembre de 2006.

Fue incluida en el volumen de las actas: Mallarach, Josep-Maria y Papayannis, Thymio (eds.). 2007. Protected Areas and Spirituality. Proceedings of the First Workshop of The Delos Initiative - Montserrat 2006. The World Conservation Union y Publicacions de l'Abadia de Montserrat, págs. 47-58.

NATURALEZA Y ESPIRITUALIDAD

Dr. Jesús García Varela

*“No son los pájaros los que hablan
sino los hombres que aprenden el silencio”.*

Kathleen Raine

Ya en el enunciado del título, *Naturaleza y Espiritualidad*, nos encontramos con una aparente oposición de términos. Parece como si ya no fuera posible valorar la naturaleza desde un punto de vista espiritual. Y con razón, pues la naturaleza se concibe, en nuestra época, como algo exclusivamente material que el hombre utiliza con criterios económicos o de simple disfrute. Se quiere asimilar la naturaleza a una máquina cuyo destino es ser usada, convirtiéndose así en un campo de explotación. Ello ha sido posible como consecuencia de una mentalidad, de una ideología materialista, fundada en que sólo existe lo que se experimenta empírica o científicamente. El conocimiento científico se convierte en el modo “ortodoxo” de conocimiento, que se erige en exclusivo y totalitario. Esta mentalidad “cientificista”, que considera las explicaciones de

la ciencia como la única aproximación a la realidad, ha ido imponiendo desde el siglo XVII su hegemonía¹. Junto al cientificismo, su corolario: la creencia en un “progreso” material indefinido, fruto a su vez de una tecnología que se ha hecho imprescindible, que exige un uso continuado y abusivo de las fuentes de energía presentes en la naturaleza. A la naturaleza se la explota y se la exprime. El mal uso de la ciencia y el progreso subsiguiente han sido pues los dos pilares exteriores fundamentales de lo que constituye la mentalidad materialista moderna y dos importantes factores de la actual crisis ecológica, que no es sino una manifestación más de la crisis de valores de nuestro tiempo, centrado en un olvido de la dimensión espiritual. Esta ideología ha traído, lógicamente, una general falta de respeto por los valores inmateriales de la naturaleza: por la dimensión de lo Invisible. Se ha impuesto una concepción del mundo en abierto contraste con la visión tradicional y con la visión bíblica y la de cualquier libro sagrado². “El mundo ya no se ve como la obra de Dios”³.

El conocimiento científico, cuantitativo y centrífugo, se diluye en aplicaciones múltiples en una fragmentación indefinida de la realidad⁴. El conocimiento basado en una espiritualidad auténtica es, por el contrario, cualitativo y centrípeto. Procede por síntesis y símbolos. La mentalidad tradicional, la que

¹ Una temprana visión de este proceso en Occidente se encuentra en la obra de René Guènon, aparecida en 1927, *La Crise du Monde Moderne*. vid. asimismo: Theodore Roszak, *Where the Wasteland Ends*, en especial los capítulos 5 y 10, y también: Jacque Ellul, *The Technological Society*. Para los orígenes de la mentalidad científica y sus fundamentos básicos en los siglos XVII y siguientes (Descartes, Boyle, Bacon ...) vid. Mary Midgley, “Putting Nature in Her Place”. *Science as Salvation*, pp. 75-83, reproducido en Harry Oldmeadow, *The Betrayal of Tradition*.

² Seyyed Hossein Nasr *Man and Nature*, pp. 17-50, para una lúcida visión de la destrucción del valor sagrado y espiritual de la naturaleza. vid. también del mismo autor *Religion and the Order of Nature*, pp. 29-79 y 191-234 y “The Cosmos as Theophany” en *Knowledge and the Sacred*”, pp. 189-220.

³ Mircea Eliade. *The Sacred and the Profane*, p. 179.

⁴ Marco Pallis. *The Way and The Mountain*, p. 71.

forma el núcleo de las diferentes religiones y creencias espirituales de la humanidad, aparece como el recuerdo de una dimensión casi olvidada. En el conocimiento tradicional se le reconocen a la naturaleza unos valores espirituales, invisibles, que exigen un respeto y una veneración profundos. La veneración de la naturaleza es uno de los principales ejes de las tradiciones religiosas más antiguas, como ya tuvimos ocasión de recordar hace dos años en el Congreso Europarc⁵. Las tradiciones espirituales, todas, contemplan la naturaleza como una teofanía, como una manifestación de Dios: “*Los cielos pregonan la gloria de Dios/y el firmamento anuncia la obra de sus manos*” (*Salmo 19:2*)⁶. Es el mundo de lo sagrado y de su simbolismo. Frente a la opacidad del materialismo, el hombre espiritual ve a través de los fenómenos de la manifestación; contempla la “transparencia metafísica” del cosmos⁷. La naturaleza es un espejo de lo divino y por ello es sagrada. La desacralización de la naturaleza es uno de los signos de los tiempos actuales.

El primer equívoco a despejar es que en una perspectiva auténticamente tradicional no existe oposición entre la naturaleza y Dios. Sin el concepto de lo divino no se puede hablar propiamente de lo sagrado⁸. No se puede adorar a la naturaleza por sí misma, asociándole unos valores espirituales fuera de su origen: el Principio creador. Esa anomalía ocurre modernamente en las concep-

⁵ *Naturaleza y Mundos Tradicionales*, Congreso Europarc-2004, Rosas.

⁶ Las referencias bíblicas que se pueden citar en el mismo sentido son abundantes: *Salmos* (24:1, 148), *Isaías* (40:26), *Levítico* (25:23), *Sabiduría*, (7:22-23) entre otras.

⁷ vid. Nasr, *Man and Nature*, cit., Cap. 3 “Some Metaphysical Principles Pertaining to Nature”, pp. 81-113, rev. ed.

⁸ vid. en este sentido la obra de uno de los portavoces más significados del Cristianismo Ortodoxo: Philip Sherrard, *The Sacred in Life and Art* y *The Rape of Man and Nature*, en especial el capítulo 4 de esta última obra: “The Desanctification of Nature”, pp. 90-112.

ciones pseudoespiritualistas, conocidas genéricamente como New Age, que surgen en el siglo XX al calor de un psiquismo incontrolado que aprovecha el creciente vacío espiritual del hombre moderno. Es cierto que en estas concepciones hay todo tipo de posibilidades y matices, desde las que contemplan la naturaleza con una actitud reverencial al ver en ella la fuente de la vida hasta las que están más interesadas en fuerzas psíquicas conectadas con la magia⁹. Pero desde la perspectiva tradicional en la que nos situamos, la naturaleza es, por el contrario, el reflejo y el símbolo de unos arquetipos que coinciden con las llamadas Cualidades divinas. La naturaleza no es “independiente” de Dios sino una de sus manifestaciones más evidentes: “Toda la Naturaleza habla de Dios”¹⁰. Todo el Universo es un signo, un reflejo de la Realidad no visible¹¹.

La visión espiritual de la naturaleza está presente en todas las tradiciones espirituales auténticas y constituye uno de sus rasgos esenciales. El hombre vive en armonía con el cosmos, en una actitud de veneración y respeto. El hombre de las culturas tradicionales vive integrado con su medio natural, forma parte de él, y es su templo primario. El hombre es el custodio y el guardián de la naturaleza, no su dueño: “Pues nosotros sabemos que la Tierra no pertenece a los hombres, que el hombre pertenece a la tierra”¹².

⁹ Sobre las concepciones de la naturaleza desde el mundo posmedieval hasta la actualidad, vid. Harry Oldmeadow, “The Firmament Sheweth His Handiwork” en *Seeing God Everywhere*.

¹⁰ Hugo de San Víctor. “Omnis Natura Deo Loquitur”, *Eruditio Didascalica*, 6.5 p. 176, 1805, cit. en Nasr, *Man and Nature*, p.10.

¹¹ vid. el Cap. 1 de *The Way and the Mountain* de Marco Pallis para una aproximación al carácter sagrado de la naturaleza desde un punto de vista genuinamente tradicional, pp.13-35.

¹² Entre los indios de las praderas norteamericanas es donde se puede encontrar de una manera más existencial esta concepción de la naturaleza. La cita pertenece al famoso *Discurso del Gran Jefe Seattle*, del que hay numerosas versiones en todas las lenguas, pp. 31-32.

El segundo punto a tener en cuenta en este contexto es la necesaria distinción entre el mundo espiritual y el mundo psíquico o sutil. Hemos aludido antes a los neoespiritualismos modernos cuya característica destacada es precisamente su opción por lo psíquico como disyuntiva de lo espiritual. Es una distinción importante. Lo psíquico, al no salir de lo puramente humano, prescinde de lo divino, es más: trata de sustituirlo¹³. Vivimos en el mundo moderno, determinado por el materialismo pero también por el psiquismo. Ambos alejados de lo espiritual, de lo que forma la esencia del hombre y de las diferentes tradiciones espirituales. Como Frithjof Schuon ha explicado con claridad, el hombre moderno ha “usurpado” el sentimiento religioso y lo ha transferido de forma absoluta a unos ídolos: la ciencia entre ellos¹⁴. Se ha perdido en el proceso una visión cualitativa del universo. El hombre ha olvidado los criterios de orientación espiritual y camina ciego hacia una progresiva autodestrucción interior. Es uno de los signos evidentes de la crisis de una civilización tantas veces señalada a lo largo de las últimas décadas.

Penetrar en los símbolos de la naturaleza, y por tanto en su dimensión espiritual, exige, de manera esencial, una actitud contemplativa. La contemplación es principalmente una visión arquetípica que, como hemos antes apuntado, ve en los fenómenos manifestados sus raíces divinas. Si contemplamos la naturaleza con unos criterios espirituales auténticos veremos los valores universales que en ella se manifiestan. La flor no será sólo la conjunción de determinados elementos físicos que la configuran materialmente sino que transmitirá

¹³ Es el error de Jung cuando quiere situar lo espiritual dentro de un “subconsciente colectivo”. Una crítica profunda de las tesis de Jung la encontramos en Titus Burckhardt, *Ciencia Moderna y Sabiduría Tradicional*, dentro del cap. “Psicología Moderna y Sabiduría Tradicional”, pp. 88-103.

¹⁴ Frithjof Schuon “Usurpaciones del Sentimiento Religioso” en *La Transfiguración del Hombre*, pp. 39-48.

algo permanente de lo que ella es el símbolo. La belleza de la flor es la manifestación de una cualidad invisible, de la Belleza como Cualidad divina. La belleza se convierte en una manifestación de lo Infinito dentro de lo finito: “Ver lo infinito en lo finito es ver que esta flor que se encuentra ante nosotros es eterna, porque una primavera eterna se afirma en su frágil sonrisa”¹⁵. De igual modo, la montaña será el reflejo de la Majestad, o el rayo el símbolo del Poder divino. A través de la contemplación de la flor, de la montaña, del rayo, del fluir del río, podemos percibir la Presencia de Dios y sus distintas Cualidades. La belleza se convierte en una manifestación de lo Infinito dentro de lo finito. Es la transparencia metafísica de los fenómenos antes aludida. El contemplativo no se queda sólo en una visión exterior, dual y separativa, entre un sujeto y un objeto sino que busca la interiorización de los fenómenos positivos dentro de su propia alma. La belleza exterior de la flor, para seguir con el ejemplo, le servirá, en un proceso de transformación espiritual, para asimilarla en su interior; para identificarse con ella. La belleza exterior será entonces un soporte y una ayuda para realizar la belleza interior¹⁶. La belleza de la Naturaleza tendrá, por tanto, una consecuencia directa en la transformación del alma.

La visión contemplativa de la naturaleza se actualiza, de modo especial, en dos modalidades espirituales muy importantes de carácter universal: la *peregrinación* y el *eremitismo*. Las dos están presentes aquí en Montserrat, desde hace siglos, y son dos medios privilegiados para cultivar una relación espiritual, profunda, con la naturaleza.

¹⁵ Schuon, *Senderos de Gnosis*, p. 100.

¹⁶ vid. en este sentido el capítulo magistral de Lord Northbourne: “Flowers” en *Looking Back in Progress*, pp. 90-106.

La peregrinación es dinámica. A través de un camino se peregrina hacia un Centro sagrado que, a sabiendas o no, no es sólo un lugar físico sino que representa el Centro o el Origen. Su simbolismo evidente es la vida misma del ser humano en este mundo; la vida concebida tradicionalmente como una *peregrinatio*. Venimos de un Origen y regresamos a Él. En la peregrinación a lugares sagrados, donde hay una cristalización de la presencia de lo sagrado, se camina a través de la naturaleza, y en la peregrinación hay oportunidades para percibir la dimensión espiritual de la misma, para entrar en “comunidad” con ella. Las grandes peregrinaciones en Occidente, como la de Santiago de Compostela en los tiempos medievales, todavía viva, son o deberían ser, en su esencia, viajes de transformación del alma a través de la oración y la contemplación de la naturaleza y, también, por medio de la asimilación de determinados valores y actitudes espirituales que se encarnan de modo especial durante el camino: la soledad, el silencio, la sobriedad, la fortaleza y la perseverancia entre otros. El peregrino nunca debería ser el mismo al término de su peregrinaje, si lo ha hecho con la intención y actitudes adecuadas¹⁷.

La manifestación estática de la espiritualidad en contacto directo con la naturaleza es el *eremitismo*. El ermitaño es el hombre espiritual que se aleja del mundo exterior, de modo temporal o permanente, para vivir dedicado a la oración y a la contemplación¹⁸. Todo ello en medio de la naturaleza que se convierte de este modo en su templo. El ermitaño vive la naturaleza como manifestación teofánica de manera cotidiana. La naturaleza se convierte así en un so-

¹⁷ Son de destacar, muy positivamente en este sentido, las recomendaciones a los peregrinos en las guías anuales para las peregrinaciones que edita periódicamente la Abadía de Montserrat.

¹⁸ Para situar el eremitismo en relación con el monacato pocas páginas tan inspiradas se han escrito como las de Frithjof Schuon, “Universalidad y Actualidad del Monacato” en *Sobre los Mundos Antiguos*, pp.137-155.

porte privilegiado de su vida interior y le ayuda a lo que constituye su vocación esencial: el Recuerdo de Dios. El eremitismo, como todos sabemos, ha sido una constante en el cristianismo, tanto en el oriental como en el latino. El cristianismo eremítico ha dado frutos privilegiados desde los primeros siglos después de Cristo, desde santa María la Egipciaca y los Padres del Desierto. En el sector oriental cabe destacar de forma especial el Monte Atos (uno de los casos piloto de la Iniciativa Delos), y, entre nosotros, la montaña de Montserrat, que ha sido, y ojalá pueda volver a serlo, un centro importante de la vida eremítica. El mundo moderno ni comprende ni alienta la vida eremítica porque se sitúa en sus antípodas. Recordemos, sin embargo, que en todos los mundos tradicionales el hombre espiritual, aislado en la naturaleza y entregado a la oración y la contemplación, se consideraba una bendición y un elemento esencial para el equilibrio de las comunidades.

* * * *

La visión esencial de la Naturaleza no sólo debe ser una posibilidad reservada a los ermitaños o los peregrinos. Es una posibilidad abierta para todos siempre que tengamos en cuenta unos criterios espirituales profundos.

A comienzos del siglo xx el autor siux Charles Eastman, Ohiyesa, escribía que el silencio era la “voz del Gran Espíritu”¹⁹, la voz de Dios, y es significativo que el silencio sea el gran ausente en la sociedad de hoy. Para escuchar hay primero que callar. En todas las disciplinas espirituales se subraya la importancia del silencio. El silencio es una de las actitudes neces-

¹⁹ Charles Eastman “Ohiyesa”. *The Soul of an Indian*, p. 4.

rias para que la aproximación a los valores espirituales de la naturaleza sea fructífera²⁰. Primero hay que escuchar. Para oír a los pájaros, el viento, el fluir del arroyo... Ese silencio no sólo debe ser un silencio de las palabras pues si estamos perdidos en el flujo de nuestros pensamientos, de nuestros recuerdos, de nuestras proyecciones hacia el futuro, en suma de lo mental, tampoco podremos escuchar. Una de las mayores calamidades espirituales de nuestro mundo es la pérdida del silencio. El silencio favorece un contacto pleno con la naturaleza y con nuestro interior y su pérdida acarrea múltiples consecuencias.

Otra de las actitudes importantes para que se produzca un contacto fructífero con la naturaleza es la facultad de observación, la capacidad de darnos cuenta de lo que ocurre a nuestro alrededor, la posibilidad de la concentración. También el hombre moderno ha perdido esa facultad al estar agitado de modo constante por la intensa dinámica del vivir cotidiano. Al vivir como si careciera de un centro interior, el hombre está controlado por otros falsos centros que le privan de la posibilidad de una calma, de una serenidad necesarios para la introspección y el conocimiento de sí mismo. La sociedad moderna está edificada sobre las cualidades contrarias a la observación y, por tanto, a la contemplación. De ahí las tendencias, ya tan arraigadas, de dispersión, superficialidad y trivialidad que nos rodean.

Viene a continuación la necesidad periódica de la soledad como otra de las actitudes importantes para que se pueda reanudar el contacto con la dimensión espiritual. La posibilidad del retiro en la naturaleza debe estar abierta a

²⁰ Tuvimos la oportunidad de elaborar más esta dimensión en nuestra ponencia sobre *Los Valores Inmateriales de la Naturaleza*, en el Congreso Esparc 2005 celebrado en Cangas de Narcea.

quien lo desee, y en todos los espacios naturales protegidos deberían reservarse lugares que lo permitieran.

Silencio, contemplación y soledad son actitudes imprescindibles para la percepción de la dimensión invisible espiritual de la naturaleza. Sin ellas se hace muy difícil el poder apreciar el carácter sagrado de la naturaleza como manifestación, como libro abierto donde se leen los signos de Dios.

Lo sagrado se percibe por una conciencia habituada a discernir los arquetipos espirituales, o su negación, en los fenómenos positivos o negativos, que se manifiestan y constituyen el mundo. A través del ejercicio de contemplación cotidiano de la naturaleza podemos remontarnos para percibir las Cualidades divinas presentes en la manifestación: la Belleza, el Poder, la Paz, la Pureza, la Misericordia. Todas ellas forman las dimensiones trascendentes e inmanentes del cosmos. El cosmos, recordemos su etimología de “orden”, se nos aparece entonces como un símbolo y se llega a la posibilidad, tantas veces considerada en los tratados espirituales, de ver a Dios en todas partes. Ver a Dios en todo y ver todo en Dios. Los dos aspectos son complementarios y el segundo, ver todo en Dios, es la consecuencia necesaria del primero. Y ambos en el sentido más profundo, implican tomar conciencia de la Unidad esencial de todo lo creado con su fuente divina. En palabras de Schuon: “Ver a Dios en todas partes... es esencialmente esto: ver que nosotros no somos, que sólo Él es”²¹. Ver todo en Dios es también encarnar en nuestra alma los reflejos de la Cualidades divinas que son las virtudes. A ello nos referíamos cuando hablábamos al principio de la transformación del alma que conlleva la contemplación.

²¹ *Senderos de Gnosis*, p. 124 y todo el capítulo: “Ver a Dios en Todas Partes”, pp.109-126.

En un ya lejano pasado se acostumbraba cada año a realizar ejercicios espirituales. Se pasaban unos días en lugares cercanos a la naturaleza, alejados del mundo; días de retiro y oración, en silencio y soledad. Hoy en día no creemos exagerar al estimar que los ejercicios espirituales en Occidente, sin haber desaparecido del todo, quedan reservados principalmente a las comunidades monásticas.

Lo que pretendemos señalar, en suma, es que esa posibilidad hoy olvidada, o reservada a escasas minorías, de encontrarse con el Interior, de encontrarse con lo más profundo de nuestro ser, que los ejercicios espirituales recordaban se puede favorecer a través de una espiritualidad que conecte de un modo pleno con la naturaleza.

Dado que nos encontramos hoy aquí, en Montserrat, nos parece necesario añadir que la Iglesia puede jugar un importante papel en este proceso. No sólo nos referimos a la importancia de una “teología de la naturaleza”²², sobre la que se ha trabajado sobre todo en círculos cristianos afines al protestantismo en Estados Unidos, sino a la absoluta necesidad de una “pastoral” de la naturaleza. Una pastoral que eduque al creyente para una plena valoración de la naturaleza en su dimensión profunda y espiritual. Ha habido en los últimos tiempos confluencias importantes en este sentido y desearíamos continuaran y se desarrollaran. Baste recordar la Declaración conjunta del Papa Juan Pablo II y

²² Hay muchas referencias en el trabajo colectivo *Christianity and Ecology*, Dieter T. Hessel y Rosemary Radford Ruether ed., y no podemos olvidar la existencia en el cristianismo de la poderosa corriente franciscana conectada directamente con una visión espiritual de la naturaleza. vid. J. Antonio Guerra para la edición de Las Obras de San Francisco en la BAC y para la conexión de San Francisco dentro de una mística cristiana de la naturaleza que se remonta a los padres del Desierto. vid.: Edward A. Armstrong. Recordemos a este propósito que el Papa Juan Pablo II proclamó a San Francisco “patrón de los ecologistas” en la *Bula Inter Sanctos*, el 29 de noviembre de 1979.

el Patriarca Bartolomé I de la Iglesia ortodoxa²³ o el reciente mensaje del Papa Benedicto XVI²⁴ a la reunión organizada por las Iglesias ortodoxas en el Amazonas. En dichas declaraciones se subraya la importancia de una actitud de veneración hacia la Creación y una toma de conciencia por parte del creyente de la responsabilidad espiritual ante la crisis ecológica.

La aproximación a la naturaleza que propugnamos quedaría incompleta si no se extrajeran todas las consecuencias espirituales en la vida cotidiana de cada uno, además de las ya señaladas. Tiene que haber un cambio de mentalidad que traiga consigo un cambio de vida, la introducción de otros hábitos, de otras costumbres. Una contemplación de la naturaleza sin un cambio interior, sin un cambio de alma y de vida, queda forzosamente en la superficie. Valores marginados de la mentalidad moderna como la sobriedad, el control de la avidez (el deseo continuo de bienes), la disciplina, están ligados a este cambio de mentalidad que el acercamiento a la naturaleza puede traer consigo. En el orden de la naturaleza están ya presentes dichos valores y forman parte de una armonía del universo. Vivir en armonía es vivir en un equilibrio entre el interior y el exterior.

Se ha perdido esa dimensión armónica al faltar una conciencia que no ve los efectos en las causas; al vivir sin profundidad y sin conformidad con lo que es la misión primordial del hombre en este mundo. El ser humano tiene

²³ “Common Declaration on Environmental Ethics” por el Papa Juan Pablo II y el Patriarca Ecuménico Bartolomé I, Roma-Venecia, 10 de junio de 2002.

²⁴ El 6 de junio de 2006, con motivo de la celebración del Symposium VI: “Religion, Science and the Environment”, dedicado al río Amazonas. vid. asimismo las palabras del Metropolitano Juan de Pérgamo en el mismo Simposio: *Humanity and Nature: Learning from the Indigenous*. vid. también la declaración sobre el Medio Ambiente de los obispos australianos: *Australian Catholic Bishops Statement on the Environment* (2002).

como destino principal el de ser *pontifex*, puente entre el Cielo y la Tierra, representar a Dios, conservar los principios y recordar su aplicación. Para que esa irradiación sea posible hay que vivir en la armonía a la que nos referimos. Si se pierde el equilibrio interior, el exterior se va a resentir de inmediato: “El estado interior del hombre se refleja en el orden exterior... Cuando el ser interior se ha vuelto oscuridad y caos, la naturaleza, a su vez, de armonía y belleza se torna en desequilibrio y desorden”²⁵. Si queremos que el mundo cambie, que se atenúen al menos algunas de sus peores manifestaciones, tenemos necesidad, primero, de realizar un cambio dentro de nosotros mismos. Nosotros sí que podemos transformarnos. Este es el sentido último de cualquier espiritualidad. Y esta es una exigencia universal que está por encima de las diferencias exteriores de las diversas formas religiosas. Sólo así será posible una integración coherente y efectiva de los valores espirituales en los espacios naturales protegidos.

BIBLIOGRAFÍA

Amstrong, Edward (1976), *Saint Francis: Nature, Mystic. The Derivation and Significance of the Nature Histories in the Franciscan Legend*, Londres. UK.

Titus Burckhardt (1979), *Ciencia Moderna y Sabiduría Tradicional*, Madrid, Taurus Ediciones, Biblioteca de Estudios Tradicionales.

²⁵ Seyyed Hossein Nasr. *Man and Nature*, cit., p. 96.

Eastman “Ohiyesa”, Charles (1993), *The Soul of an Indian*, Kent Nerburn ed. California, New World Library, USA.

Eliade, Mircea (1959), *The Sacred and the Profane, The Nature of Religion*, New York: Harcourt, Brace and World, Inc., USA.

Ellul, Jacques (1964), *The Technological Society*, New York, Knopf, USA.

Fondo Mundial para la Conservación (World Wildlife Fund) (2005), *Beyond Belief*.

García Varela, Jesús (2004), *Naturaleza y Mundos Tradicionales*, Congreso Euro-parc 2004, Rosas, España. (2005), *Los Valores Inmateriales de la Naturaleza*, Congreso Esparc 2005, Cangas de Narcea, 8-12 junio. *Actas*, Fundación González Bernáldez, 2006, España.

Guerra, J. Antonio (1978), *San Francisco de Asís. Escritos, biografías y documentos de la época*, Madrid, BAC nº 399.

Hessel, Dieter T. y Rosemary Radford Ruether ed. (2000), *Christianity and Ecology*, Nueva York, Harvard, USA.

Guènon, René (1946), *La Crise du Monde Moderne*, París, Gallimard. Francia.

Midgley, Mary (1992), *Science as Salvation*, New York, Routledge, USA.

Nasr, Seyyed Hossein (1989), *Man and Nature*, Londres, Harper Collins, UK. [Ed. revisada: (1997) ABC International Group, Inc.]. (1989), *Knowledge and the*

Sacred, N.York, State University of NY Press, USA. (1996), *Religion and the Order of Nature*, Nueva York, Oxford UP, USA.

Northbourne, Lord ((1970), *Looking Back in Progress*, Middlesex, Perennial Books, UK.

Oldmeadow, Harry (2005), *The Betrayal of Tradition: Essays on the Spiritual Crisis of Modernity*, Bloomington, Indiana, World Wisdom Books, USA. (2003), “The Firmament Sheweth His Handiwork: Re-awakening a Religious Sense of the Natural Order” en *Seeing God Everywhere: Essays On Nature and the Sacred*, Barry McDonald ed., Bloomington, Indiana, World Wisdom Books, USA.

Pallis, Marco (1991), *The Way and The Mountain*, Londres, Peter Owen, UK.

Roszak, Theodore (1972), *Where the Wasteland Ends*, London, Faber and Faber, UK.

Sherrard, Philip (1990), *The Sacred in Life and Art*. New York, Golgonooza Press, USA. (1987), *The Rape of Man and Nature*, Ipswich, Suffolk, Golgonooza Press, UK.

Seattle, Discurso del Gran Jefe (1995), *Nosotros Somos una Parte de la Tierra*, Palma, Olañeta, España.

Schuon, Frithjof (2003), *La Transfiguración del Hombre*, Palma, Olañeta, España. *Senderos de Gnosis* (2002), Palma, Olañeta, España. *Miradas Sobre los Mundos Antiguos* (2004), Palma, Olañeta, España.